

El cielo veraniego empezaba a tornarse azul turquí y la pálida luna ya se asomaba por encima de las copas de los árboles cuando llegamos al cruce de caminos. La temperatura había descendido unos cuantos grados mientras viajábamos, y al fin habíamos hecho buen uso de las mantas de lana, envolviéndonos en ellas conforme seguíamos el sendero que bordeaba las colinas de Vršac. Aunque ambos estábamos fatigados, fuimos por Nóc a casa del hijo de El tras dar de comer a Berz, y su mujer nos ofreció pan y queso, que degustamos conforme ella nos ponía al tanto de los últimos acontecimientos en Dobro. Según los vecinos serbios, nadie había vuelto a mencionarme, por lo cual El se mostró muy alegre. Yo, sin embargo, no me fiaba del silencio por más que Jimin me hubiese obligado a mostrarme arrepentido ante la congregación, y retorné a casa intranquilo. Aunque Jimin me había pedido que no volviese al pueblo, sentía que debía presentarme allí aunque fuese una vez más para que los aldeanos observasen el talismán que pendía de mi cuello antes de que SungRok los convenciese de hacer otra incursión en nuestra granja. El hijo de El había construido un corral improvisado para Nóc frente a la ventana de nuestra habitación y, tras meter en él a la ovejita, me dirigí a lo alto de la vertiente. Aquella noche, los lobos no descendieron a nuestra cabaña, y me dije que tal vez se debía a que la noche anterior habíamos dormido en Vršac. Sin embargo, un desasosiego cada vez mayor se apoderaba de mí y, cuando al fin amaneció sin tener noticias de Jimin, me fui a dormir con el corazón en vilo. Aunque no logré dormir muchas horas, me levanté antes de que El me llamase y, tras asearme, le comuniqué mi deseo de presentarme en el pueblo una vez más. Puesto que a mi nana no le gustó la idea y en esta ocasión intentó detenerme con lágrimas en los ojos, tuve que explicarle que SungRok había descubierto que llevaba el talismán de Jimin, lo cual nos ponía en peligro. Entonces, El insistió en acompañarme alegando que podría comprar algunas provisiones ya que era, precisamente, día de mercado, y así me vigilaría para que nada me ocurriese. Después de todo, al menos los serbios se mostrarían solidarios con nosotros si ella estaba conmigo. Su idea no me pareció descabellada, especialmente porque ya no venderíamos nada y así no estaríamos expuestos al insulto público por parte de los húngaros. Aunque estaba convencido de estar obrando de forma inteligente, la aprensión que sentía solo se incrementaba con el paso de los minutos. En cuanto llegamos a Dobro, caminé con paso veloz hacia el toldo de los gitanos: sabía que no contarían a nadie lo ocurrido con Jimin durante la ceremonia pero eran los únicos, fuera de El, que sabían que había sido abducido en el campamento y probablemente sospechaban lo peor. Jimin no había especificado lo que deseaba les dijese en caso de toparme con ellos, pero seguían siendo mis amigos y deseaba tranquilizarlos. Además, me parecía que podía confiar en ellos. En cuanto me avistaron, me puse el dedo índice sobre los labios para indicarles que guardasen silencio; era obvio que querían prorrumpir en exclamaciones de alegría y alivio, lo cual no ayudaría en nada sino que más bien causaría revuelo.

—Estoy bien —murmuré, sonriendo, en cuanto me reuní con ellos —Él me perdonó la vida —Taehyung temblaba y HyeBin estaba a punto de llorar. Me limité a contarles la historia del lobo herido que había sanado con anterioridad y, creyendo enteramente que este era el motivo por el cual Jimin no me había dado muerte, ellos elevaron los ojos al cielo, alabando mi buena fortuna.

—Salvaste la vida del pequeño Min —dijo Taehyung, emocionado —Tenemos una deuda perenne contigo.

—¿Cómo lo hiciste? —susurró HyeBin —¡Los lobos te obedecían!

—No es así —mentí —simplemente me ofrecí como carnada. Los animales estaban tan famélicos que un adulto les pareció mucho más apetecible que el infante.

—Como sea, debemos recompensarte. ¿Hay alguna posibilidad de que aceptes retornar al campamento pronto? Daremos un banquete en tu honor —dijo Tae.

—Además, estoy segura de que, después de lo que hiciste por nosotros, los ancianos aprobarán gustosamente que te unas a nuestro clan por medio del matrimonio —dijo HyeBin, guiñándome un ojo —Vernon se prendó de ti desde que te vio bailar y no ha hecho más que lamentar su mala suerte de haberte perdido tan pronto —Aunque la sugerencia me hizo reír, no pude evitar sonrojarme, pero no por las razones que mis amigos pensaban. Simplemente, que hablasen de asuntos de tal índole me recordaba mis propios sentimientos por Jimin y, si antes no deseaba casarme, ahora que un amor tan intenso se albergaba en mi pecho, estaba más seguro que nunca de no poder siquiera considerar la idea de concertar un acuerdo semejante, por más que fuese todo un honor haber ganado el favor de los romaníes.

—Al parecer el ritual de la abuela funcionó y cambiaste tu propia suerte —dijo Taehyung.

—No lo creo, amigos —dije —La misma noche en que fui raptado del campamento, alguien incendió la granja de mi nana.

—Eso escuchamos —replicó HyeBin, cabizbaja —Creíamos que había sido obra de Drăculea —Negué con la cabeza, mirándolos a los ojos por turnos.

—¿Entonces, quién pudo hacer algo semejante? —inquirió Tae, dándose cuenta casi de inmediato de la respuesta al tiempo que yo arqueaba ambas cejas, mirando hacia el granero de soslayo —¡Oh! ¡No puede ser!

—¿No han intentado quemarlos vivos a ustedes anteriormente? —dije —En lo que me concierne, no tengo dudas de la autoría del crimen.

—Tienes razón —dijo HyeBin —Son incendiarios por excelencia. ¡Que la suerte los maldiga!

—Quiero pedirles que estén atentos a cualquier comentario por parte de la comunidad calvinista que me involucre —dije —Sé que puedo contar con ustedes.

—Por supuesto —replicó Taehyung —Mientras tanto, por favor considera regresar al campamento uno de estos días.

—Lo haré —dije, guiñándole un ojo antes de despedirme. Me obsequiaron un bonito tapiz que acepté a regañadientes, pero que al fin y al cabo justificaba el hecho de que hubiese pasado tanto tiempo conversando con ellos. El, por su parte, se mostró encantada con el regalo, ya que el tapete que antes decoraba su sala había sido arruinado por sus agresores. Mientras mi nana compraba víveres y algunos enseres nuevos que debían reemplazar aquellos que los maleantes habían roto, como ollas de barro y tazas de cerámica, fui a la taberna a buscar a Jiwoo. En esta ocasión, el lugar

estaba medianamente lleno, así que tuve que sentarme en la barra y pedir un trago de Šlivovica para conversar con ella sin despertar sospechas.

—Dame cinco minutos —dijo ella sonriendo —debo atender un par de mesas y podremos hablar. Sorbí lentamente la Šlivovica que no quería para empezar, mirando alrededor. El ambiente oscuro permitía que los jugadores se concentraran en sus respectivos grupos, olvidando a los demás. Al fin, mi amiga se sentó a mi lado, tomando un hondo respiro —Siento la tardanza —dijo, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano —Hoy ha sido un día particularmente ajetreado. ¿Qué tal el vino que compraste la vez anterior?

—Excelente —respondí, sonriendo —Muchísimas gracias.

—No esperaba verte por aquí tan pronto después de lo que hablamos la vez anterior —agregó, bajando la voz —Me alegra que hayas venido.

—Debíamos comprar algunas cosas y es el poblado más cercano —dije —Pero quizá sea la última vez que vengamos en mucho tiempo.

—¿Así que es definitivo? ¿Tú y El ya no atenderán un puesto en el mercado? —inquirió —Creo que hablo por todos cuando digo que en verdad extrañaremos la frescura de los quesos y la crujiente delicia de los panes de El.

—Bueno... por una parte, ya no contamos con la vaquita lechera, que en paz descanse —murmuré, evocando con hondo pesar a Mesto —Sin ella, no hay quesos que preparar. Y, por otra parte, después de lo ocurrido, ambos preferimos buscar un nuevo modo de subsistencia.

—No puedo decir que no lo entienda, pero admito que me encantaba saber que alguien era capaz de incomodar al reverendo SungRok y a su odioso rebaño —rio.

—De eso quería hablarte —susurré —¿Recuerdas que me hablaste de HyeYoung?

—Por supuesto —dijo —¿Te está dando nuevos problemas?

—No, precisamente. SungRok y los suyos han estado tan callados que ando muy nervioso. Y, además, aún no he podido ver a la infame señora Hye. ¿Puedes darme una descripción suya para reconocerla? Me revuelve el estómago pensar que alguien cuyo rostro no he visto jamás me odie sin motivo.

—Bien, ya te dije que luce como el demonio, pero al parecer eso no fue de mucha ayuda —dijo meditabunda —Supongo que tendré que dejar de verla como a Chort en mi mente y describirla como la persona que cree ser —rio.

—Soy todo oídos —dije, riendo a mi vez.

—La señora HyeYoung es muy alta y delgada, y tiene cabellos rojos que permanecen rigurosamente ocultos bajo esa espantosa cofia que todas las mujeres de la congregación usan. Siempre viste de negro. Por lo demás, sus ojos son verdes o azules, no recuerdo muy bien puesto que evito mirarla directamente en lo posible: temo que me haga mal.

—Cielos, no será empresa fácil discernirla entre los demás si ella se empeña en no hablarme —comenté desilusionado.

—En ese caso, ¿por qué no pasas por su casa? Esa sí que podrás reconocerla: es la única que no tiene un antejardín en todo Dobro, y está ubicada justo al lado de la de SungRok, la cual es la primera casa después del granero. Otra cosa: la señora HyeYoung hizo talar el árbol que crecía frente a su ventana, así que, cuando veas un triste tronco aislado, sabrás que la hallaste.

—¡Excelente idea! —dije —¡Muchas gracias!

—Ni lo menciones —replicó —Buena suerte —Le dije que regresaría a visitarla en cuanto pudiese y salí de la taberna. Puesto que mi nana aún estaba ocupada, procedí a darle la vuelta a la plaza muy lentamente, sin perder de vista el granero. Efectivamente, la casa de HyeYoung era bastante fácil de avistar. No solo concordaba perfectamente con la descripción que me había proporcionado Jiwoo, sino que era más austera que las demás, al punto que parecía que su dueña quisiera hacerla lucir así a propósito. Ni siquiera tenía las típicas macetas de barro con flores que eran tan populares en los pueblos de Voivodina. Avancé unos cien pasos más, lo suficiente como para ver que las contraventanas marrones estaban cerradas, y entonces una mujer muy alta y vestida de negro cruzó la plaza para aproximarse a la puerta. Justo antes de extraer una llave de su bolsillo, miró a ambos lados y nuestros ojos se cruzaron. En vez de experimentar el terror que me había producido la mirada oculta en el bosque, sentí un frío intenso que me heló el corazón: supe al instante que HyeYoung era capaz de cualquier cosa, pero no se trataba de la misma persona que me había estado observando desde la maleza. Hice como que no me perturbaba en lo absoluto y procedí a virarme lentamente, como si estuviese buscando a alguien. En cuanto vi a El, me encaminé hacia donde estaba y la insté a partir cuanto antes: por mi parte, regresaría a Dobro cuando cayera la noche, y llegaría a la casa de HyeYoung desde el bosque que colindaba con su patio trasero para espiarla. Algo me decía que descubriría un asunto importante.